



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO IV.

LUNES 13 DE ENERO DE 1872.

NÚM. 93.

LA LUZ.

Tres años hace que el protestantismo penetró en España; tres años hace que aquellas puertas rociadas con sangre, que cerró con la mas bárbara intolerancia la mano del absolutismo católico hace mas de tres siglos, se han abierto. La idea deportada ha vuelto á su hogar; el Cristo perseguido ha vuelto á la tierra de donde le arrojaron, y ha tendido una dulce mirada sobre aquel Cristo feroz, sanguinario, falso que empuñan aun en sus manos temblorosas por la calentura del fanatismo, los descendientes de aquellos famosos inquisidores de antaño, y le ha perdonado y ha perdonado á los que le tienen en la mano. Tres años hace. La católica España ha entrado en la corriente del pensamiento europeo, á pesar de las resistencias de algunos hombres que se ha convenido en llamar eminentes. Ha tendido la mano á Italia y Francia.



La salida del arca.

Estas han podido decir: Salve, hermana, ya era tiempo.

Tres años hace de aquel alegre día, en que una dinastía condenada por la historia y por la moralidad pública, tomaba el camino de la proscripción. ¡Cuántas esperanzas! ¡Qué risueño porvenir se presentaba! La libertad de los esclavos de las Antillas, una decidida protección á la enseñanza, una protección no menos decidida contra los individuos ó contra los pueblos que injuriasen ó molestasen á los que adorasen á Dios de otra manera que ellos: he aquí lo que se esperaba, lo menos que se esperaba. ¡Y por cuán distinto camino han ido las cosas! ¡Cuántas esperanzas se han visto defraudadas! Los esclavos han quedado esclavos; una guerra impia, sanguinaria, de fieras, indigna de la civilización y de nuestro siglo, asola la mejor de nuestras Antillas; el maestro de escuela sigue comiéndose su propia hambre; nues-

tros colportores siguen siendo insultados, vejados, á veces espulsados, á veces estorbados, contra el texto espreso de la ley, en sus tareas religiosas.

Y sin embargo, á pesar de todas estas contrariedades se ha hecho algo, no puede negarse que se ha hecho algo. Contra la cadena del esclavo se ha levantado una protesta unánime, perpétua, nacional, y no es culpa de la nacion española, si la infame esclavitud subsiste. Al maestro de escuela no se le ha atendido, pero se le ha dicho: En tus manos está el porvenir de este pueblo. Nuevas escuelas se han abierto, cuando nosotros hemos abierto las nuestras. Los católicos mismos, tan amigos de las tinieblas y de la ignorancia, se han asociado y han dicho: «Imitemos á nuestros adversarios; nos van á robar el corazon de este país nuestro por tantos siglos; hagamos por interés lo que no hemos hecho por deber.» La libertad de conciencia se ha arraigado con la práctica. Las aldeas ignorantes se han convencido de que los protestantes eran hombres como los demas, y han visto que el cristianismo evangélico era una religion pura, santa, que no se mezcla en las cosas mundanas, que dá al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios, y que no emplea jamás, con ningun motivo, ni con ningun pretexto, la coaccion ni la violencia.

Algo hemos ganado, no hay duda; pero algo mas pudiéramos haber ganado. Persistencia, pues, perseverancia. Movámonos en la esfera en que nos permiten movernos las preocupaciones de este pueblo, y digámosle siempre, eternamente, que todo culto material, que toda adoracion á tosco barro, á pulimentada madera ó á oro ó plata, es indigno del espíritu del hombre, que debe volar hácia lo que es puro espíritu, hácia Dios. Hablemos á su corazon, hablemos á su alma, hablemos á su inteligencia. Apresurémonos á hacer la luz, y que estos dias genesiacos del protestantismo español acaben pronto, y luzca el sol de la verdad de Cádiz al Pirineo.

LA SEGURIDAD DE LA SALVACION.

I.

¿Tiene el verdadero cristiano, el cristiano evangélico, certidumbre de alcanzar el reino de los cielos, si cree firmemente en Jesucristo y hace esas buenas obras que muestran de una manera evidente, que se tiene esa firmísima creencia? La respuesta á esta pregunta no puede menos de ser afirmativa. Sí; el que cree en Jesucristo y practica su doctrina, se salva. ¿Es esta la doctrina de la Iglesia romana, relativamente á este punto? La respuesta á esta pregunta no puede menos de ser negativa. Aquellos que regenerados por la gracia de Jesús tienen la audacia de creer que pertenecen por esta razon al número de los elegidos, son excomulgados y anatematizados por la Iglesia, que cree antes en el Papa, si es preciso, que en Dios. ¿Se quiere una prueba de ello? Pues recuérdese aquel célebre cánón 15 de la sesta sesion del Concilio de Trento, y se tendrá la seguridad de lo que afirmamos. El cánón dice: «Si alguno cree que el hombre regenerado y justificado pertenece al número de los predestinados, anatematizado sea. *Si quis dixerit hominem renatum et justificatum teneri ex fide ad credendum se certo esse ex numero prædestinatorum, anathema sit.*»

A la verdad el Concilio estuvo un poco duro al fulminar este anatema. Aquel que se confía en Dios, porque sabe que Dios es fiel y cumple eternamente sus promesas, por el mero hecho de tener esta consoladora confianza, es enviado por los santos y buenos padres del Concilio á las llamas del infierno. «Todos los hombres temen morir, escribe un jesuita, porque buenos ó malos no saben cuál será su destino postrero.» Y seguramente, tiene razon el jesuita. Que un católico confiese y comulgue todos los meses; que vaya á misa todos los dias festivos y muchos dias de trabajo; que rece sempiternos Padres nuestros á los santos de su devocion, y si puede á todos los santos de la Corte celestial; que no deje novena á que no asista ni letanía que no rece, ni procesion en que no se presente, ni bu-la que no compre, ni agua bendita con que no se santigüe, ni golpe de pecho que no se dé; y bien, ¿qué podemos preguntar nosotros? Cuando muera, ¿quién puede decirle que no irá al purgatorio, cuyo fuego es tan intenso, al decir de los mismos romanos, como el infierno? El católico, pues, no tiene la certidumbre de su salvacion inmediata, como el cristiano evangélico.

Dice muy acertadamente un escritor cristiano, que una Iglesia que sostiene esta doctrina es una Iglesia que siembra la desconfianza en los corazones, que hace dudar de las promesas de Jesucristo, y que contraría por tanto las enseñanzas del Evangelio que predicán sin cesar la confianza, la esperanza, la fé en el Salvador de los hombres. ¿Por qué dicen los católicos entonces en sus oraciones,—en sus rezos, mejor dicho, que entre la oracion y el rezo hay diferencias esenciales,—«Nuestro Padre que estás en los cielos?» ¿Por qué le han de llamar Padre si no tienen la seguridad de que lo es suyo, si son hijos quizás de Satanás, si no tienen, en fin, la seguridad de su salvacion? Lenguaje temerario es este que no sienta bien en boca de quien sustenta tan desconsoladora doctrina. Hay una antítesis completa entre esta doctrina y la del Evangelio. El catolicismo dice: «dudad de vuestra salvacion;» el Evangelio, «creed en ella;» el primero: «el dudar de la salvacion es una virtud;» el segundo: «el dudar de ella es un crimen.» La diferencia, pues, entre unas y otras ideas es, como se vé, esencialísima.

Cuando recordamos las sombras que se arrojan sobre el protestantismo, las falsas creencias que se le atribuyen, las imputaciones malévolas que se hacen caer sobre él, sentimos frio en el corazon, pero hacemos memoria en seguida de que no hay doctrina á quien no la haya sucedido lo propio, y eso nos alienta. ¿Qué no se ha dicho de nosotros relativamente á la certidumbre que tenemos de nuestra salvacion por los méritos solo de Nuestro Señor Jesucristo? Se ha dicho de nosotros que cada cristiano evangélico hace de esto una interpretacion á su manera; que cada uno de nosotros tenemos una revelacion particular; que nos basta con decir: «estamos salvos» y que ya no hacemos mas ni pensamos en mas. Estos raciocinios que vienen haciéndose contra la Reforma desde su nacimiento no son de los que menos se sacan á luz en nuestros dias y por los clérigos católicos, que así entienden la doctrina de la justificacion por la fé contenida en el Nuevo Testamento como un niño—y no queremos decir otra cosa—entenderia la demostracion de cualquiera de uno de los grandes problemas matemáticos. «Podemos estar seguros de nuestra salvacion,—dice un es-

critor,—sin necesidad de entrar en consejo con Dios. Aquel que quisiera entrar por curiosidad encontrará su condenacion. Aquel que quiera subir tan alto será precipitado á lo profundo. La certidumbre de nuestra salvacion no debe ser buscada tan lejos; se encuentra en el examen de nuestras conciencias confrontadas con la doctrina evangélica; porque si estando seriamente convertidos y teniendo verdadero arrepentimiento recurrimos á Jesucristo y sentimos en nuestra conciencia que no tenemos confianza en otra cosa que en la muerte de Jesús, poseemos la doctrina del Evangelio que nos declara que aquel que cree en Jesucristo no perecerá, pues que tiene la vida eterna. Este es el apoyo de nuestra fé, el fundamento de nuestra seguridad.»

LA ADORACION DE LA CRUZ.

I.

Distintas significaciones tiene para el cristiano evangélico y para el católico romano la palabra *cruz*. Para el primero es la pasion de Jesucristo, sus dolores, sus martirios, y para el segundo es el leño material donde murió Cristo. La cruz de Cristo es la gloria de la humanidad, el sosten de los fieles abatidos, la esperanza del pecador atribulado. Ella es el terror de los abismos, y la felicidad de los santos. Es de mas precio que las coronas de los príncipes, y que las tiaras de todos los Papas. Si se la examina con respecto á la ley antigua, ella es la terminacion de la ley, la realidad de los símbolos proféticos, la verdad de las figuras. Es el resumen del Evangelio entero.

El leño material que adoran los católicos no es nada para nosotros. Las cruces y las crucitas que besan, que veneran, ante las que se arrodillan, y á las que oran, no son para nosotros mas que espresion de la idolatría y de la supersticion mas grosera y mas ininteligente. No hay mas cruz en realidad que la pasion y la muerte de Cristo. Todo lo demas es puro paganismo. Es un amuleto mas, un sortilegio. Como no hay mas dioses en el cielo que uno, por mas que la estraviada imaginacion humana haya forjado mil y mil figuras materiales para representarle, así tampoco hay otra cruz por millares de millones de cruces que hayan construido los artífices católicos, que los dolores y la pasion de Cristo. Nosotros adoramos al Mesias y á este crucificado. Esta es nuestra adoracion de la cruz, y no tenemos otra. «El placer de nuestro Padre, se dice en los Colosenses, ha sido reconciliar por él todas las cosas en sí, habiendo hecho la paz por la sangre de Jesús.» Cristo ha sepultado nuestros pecados con su muerte, y nos ha lavado con su sangre. Este oprobio de su muerte afrentosa que nos dá la salvacion, ¿no ha de ser nuestra gloria y nuestro orgullo? Esta era la causa por la que los cristianos del siglo segundo se hacian la señal de la cruz en la frente para manifestar que aceptaban esta afrenta, este oprobio.

Mas tarde la cruz vino á representar otras ideas. El *labarum* era el estandarte de guerra de los emperadores romanos, y ya antes de Constantino tenia la figura de una cruz. ¿Qué innovacion introdujo en él Constantino? Añadirle el nombre de Cristo, lo que ha hecho decir á algunos, que puso en él la figura de la cruz.

El uso de la cruz se generalizó después de una manera terrible. Se grabó en las monedas, la llevaron los cristianos en el pecho cuando fueron á exterminar á los musulmanes, se puso en los cementerios, en todas partes.

¡Qué no se ha abusado de ella después! Se ha hecho la cruz en el aire; se ha usado de ella en forma de conjuro para espulsar á los demonios; se ha enseñado á persignarse á los católicos y á sus hijos; se hacen infinitos signos de la cruz sobre la hostia y sobre el cáliz. El sacerdote hace la señal de la cruz sobre la hostia, dice el Papa Inocencio III, en su libro sobre los misterios de la misa, para resistir á los esfuerzos del demonio, temeroso de que no prevalezcan contra él mismo ó contra la hostia. ¡Singular razonamiento! Según la doctrina católica, Jesucristo está en la hostia. He aquí á la cruz protegiendo á Jesucristo contra el diablo. Donosa cosa es esa de ver á un sacerdote romano defendiendo á Jesucristo de los esfuerzos del diablo, por medio de la señal de la cruz hecha en el aire tantas ó cuantas veces.

Si abusos son estos de la cruz, no lo es menos el de adorar trozos de madera unidos en forma de cruz, y adorarlos con adoración de latría, es decir, con la misma adoración debida solo á Dios. Bellarmino dice: Nosotros adoramos todas las cruces, porque ellas son la señal de la verdadera cruz. «*Omnes cruces adoramus quoniam omnes sunt imagines vere crucis.*» Nosotros adoramos, añade, la cruz misma aunque no tenga á Cristo crucificado. Así es que á la cruz se la incienso. Cuando se eleva la cruz, se dice: *Ecce crux, adoremus.* He aquí la cruz, adorémosla. Cuando se habla de ella, se dice: Dios te salve, leño triunfal, *Ave lignum triumphale.* Se añade; yo te saludo cruz, nuestra única esperanza, aumenta la justicia de los fieles y dá perdón á los culpables. *O ave, crux spes unica, auge piis justitiam reisque dona veniam.* En el pontifical, en el capítulo de la bendición de la cruz, se dice que el que bendice la cruz nueva pide á Dios que este signo de la cruz sea un remedio saludable, no solo para la redención de las almas sino también una defensa contra los dardos de nuestros adversarios.

Todo esto no hay que decir que no se hacía en los tiempos escriturarios. Han sido prácticas supersticiosas acogidas por una Iglesia mas supersticiosa aun. Nosotros no sabemos decir de ella otra cosa que aquellas palabras del apóstol Pablo á los Gálatas. «Yo no me glorifico sino en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo le ha crucificado y yo al mundo.» Si en alguna de nuestras iglesias aparece una cruz de madera no nos arrodillamos ante ella ni oramos á ella. Es un objeto que nos hace pensar que en otra cruz semejante se consumió la muerte y la pasión de Jesucristo. La cruz material no es nada para nosotros y todo lo es su pasión y su muerte. Por ella fuimos rescatados del pecado. Aquel madero fué como la sepultura de nuestros pecados. Hoy somos salvos, gracias no á aquella cruz, sino á aquella sangre.

DE LA DISTINCION DE VIANDAS.

II.

Cuanto hemos dicho en nuestro artículo primero se encamina, no á condenar el ayuno, ni la observancia de los ayunos eclesiásticos, sino á asegurar

de una manera indudable y cierta, que esta obra como todas las del hombre carece de mérito, no puede presentarse á los ojos de Dios como un mérito del hombre. El ayuno para nosotros es la abstinencia, la sobriedad. ¿Qué importa que se coman de estos ó los otros manjares? Esto no es mas que un precepto impuesto por un hombre, para tener una ligadura mas con que atar la conciencia humana, contra el texto terminante de la Escritura. Aquel que quiere abstenerse de ciertas viandas; aquel que no quiere dar gusto á su apetito; aquel que se priva de vino ó de otra sustancia ó manjar cualquiera, siempre que lo haga como un acto voluntario y no como un precepto, no puede temer nuestras censuras. A ese no se dirigen nuestras palabras. De esta naturaleza era el ayuno observado por el profeta Daniel. Se abstuvo de vino, carne y pan caliente. En Israel no había ley referente á esta abstinencia. A nosotros nos sucede lo propio. En la Escritura, que es nuestra ley, no hay prescripción tocante al ayuno tal como la Iglesia romana lo ordena.

La organización del hombre es tal, que cuando ha comido escesivamente, ni está en estado de pensar, ni por lo general en estado de unirse á Dios. La materia obedeciendo las leyes que Dios la ha dado, las cumple, y el sueño, la pesadez, el cansancio y el deseo de los placeres sensuales se apoderan fácilmente del hombre que se halle en semejante situación. En la estructura del cuerpo humano, dice un escritor, Dios ha puesto el cerebro lejos del vientre, á fin de que la cocina del cuerpo estuviese alejada del estudio, y que el olor de las viandas no interrumpiese la seriedad de la meditación, porque nada aleja tanto los pensamientos santos, como el tumulto de las pasiones encendido por la gula y la embriaguez. No puede ciertamente vivir en el temor de Dios, aquel hombre que discierne mejor las salsas que las enseñanzas de Jesús, y que tiene el paladar mas sábio que el cerebro. Esta es sin duda una de las razones porque en la Escritura suelen ir juntos el ayuno y la oración. Un hombre con los sentidos despiertos y claros está mejor dispuesto para orar, que un hombre lleno de vino y de viandas. El ayuno, por lo tanto, parece como que escita á la oración, y la oración á su vez santifica el ayuno.

El ayuno era costumbre bastante aceptada y generalizada entre los antiguos. Se privaban de mucho que pudiera halagar sus gustos y sus apetitos, para no caer después en el pecado y en las tentaciones de la carne, escitada por la abundancia y la superfluidad de los alimentos. Se privaban de muchas cosas necesarias, y así se evitaban pensar en las superfluas. Se alejaban de la gula viviendo en la abstinencia. De esta suerte Ana y Cornelio servían á Dios, como dice su misma palabra, en ayunos y oraciones. Jesucristo habló también de ciertos espíritus obstinados que no se lanzaban sino con ayunos y oraciones.

Pero de este ayuno al de la Iglesia romana hay un abismo. Decir que el que no observa el ayuno de esta se condena, es un error que parece una blasfemia. En la cuaresma, por ejemplo, ó en otro cualquiera de los infinitos días de ayuno que prescribe el catolicismo, el que come carne, peca y merece la condenación. Pues y el que se ha hartado de pescado y otros alimentos análogos ¿qué merece preguntamos nosotros? Nada según el romanismo, y en todo caso la gloria del Señor. Nada queremos hablar de las bulas, papel mojado en virtud del que el que ha tenido dinero y voluntad para comprarla, que las dos cosas en verdad se necesitan, puede comer de carne en la cuaresma; y por otra parte, el número de los días de ayuno ordinarios y extraordinarios es tan grande en la religión católica, que bien puede decirse que ellos llenan la mitad del año.

El ayuno, que si alguna cosa es y alguna cosa representa no es otra que la humildad, en el catolicismo es un motivo de presunción y orgullo. Se toma por un mérito y una satisfacción de nuestros pecados. Bellarmino intenta probar, y no lo prueba porque es imposible, que el ayuno sirve para hacernos merecer la gloria celeste, y es una de tantas maneras de dar satisfacción á Dios por nuestros

pecados. Tollet afirma resueltamente que el ayuno es la satisfacción por las penas merecidas por los pecadores, «*satisfactio pro penis peccatorum.*» Y esta satisfacción, añade, «merece la gracia y es para nosotros un acrecentamiento de gloria.» ¡Ah! si Tollet al escribir estas frases se hubiera acordado de aquel fariseo que presentaba á Dios sus ayunos y sus prácticas, y se hubiera acordado de que Dios las rechazaba y rechazaba al que se las ofrecía, no hubiera escrito quizá estas palabras. Pero á la soberbia del hombre agrada hallar manera de adquirir por sí mismo la salvación, y esto es absurdo. La salvación nos la concede Jesucristo gratuitamente, y no hay mas que aceptarla.

EL QUE NO PUEDE MENTIR.

Dígame lo que se quiera, la Biblia es un libro admirable. Por mucho que la hayamos leído; por mucho que la poseamos; por grande que sea nuestro cariño hacia ella, sucede á veces que un trozo, un versículo ó parte de él, aparece de repente á nuestra inteligencia en toda su luz verdadera y penetra hasta el fondo de nuestro corazón como una cosa completamente nueva, aunque lo hayamos leído quizás cien veces antes, sin haber experimentado la misma sensación.

Este caso se presenta peculiarmente cuando nos asaltan las dudas, las pruebas ó las aflicciones, y trae á mi memoria lo que he leído en otra parte. *Que gran porción de la Biblia parece como escrita con tinta simpática, y necesita el fuego de la aflicción para hacerse visible.* Supongo que conocéis la propiedad de la tinta llamada simpática ó invisible. Es una composición con la que se puede escribir sin que aparezcan los caracteres; pero en acercando la hoja escrita á la lumbre, se distinguen perfectamente las letras.

Estas reflexiones me fueron inspiradas por el hecho siguiente: acababa de tener un gran disgusto. En mi estado normal era un cristiano dichoso, mas entonces toda mi paz y toda mi alegría se habían desvanecido. Estaba meditando sobre uno de mis versículos predilectos, aquel en que Nuestro Divino Señor dice: *Mis ovejas no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano;* (Juan, x, 28) cuando súbitamente se apoderó de mí una duda, y una voz interior me decía: *No hay que confiar demasiado, todavía serás mío.*

Al instante se apagó la luz; no puedo expresar lo que experimenté. Naturalmente debiera haber exclamado: *¡Atrás Satan!* Jesús ha dicho: *Mis ovejas no perecerán.* Pero no lo hice, y la fuerza, la esperanza, la paz y la alegría todo desapareció. En mi corazón no quedó mas que un terrible pensamiento, cuyo peso abrumador me abismó. Cogí mi Biblia y busqué las promesas; pero á medida que las iba leyendo una tras de otra, todas me parecían desvirtuadas y me preguntaba á mí mismo en qué me apoyaría si me faltara su auxilio.

Entonces me ocurrió la idea siguiente: Acude á aquel Espíritu Santo, cuya condición es de llevarnos al pleno conocimiento de toda verdad. Vuelve al Dios que otorga las promesas. Caí de rodillas, invoqué al que nunca desoyó las súplicas del que se confía en Él, y le pedí en nombre de Cristo que me auxiliase con su santo Espíritu hablándome por su Palabra. Seguro de ser oído favorablemente, me levanté, volví á coger mi Biblia, que se abrió en el primer capítulo de Tito. Principié mi lectura, y seguí leyendo, hasta que encontré en el segundo versículo estas palabras: *La esperanza de la vida eterna, la cual es Dios, que no puede mentir.* ¡No puede mentir! Ahí está mi seguridad. *Dios que no puede mentir.* Un torrente de gratitud y de alegría inundó mi alma, mientras leía y releía estas inapreciables palabras: *¡Dios no puede mentir!* Muchas veces me había reanimado la consideración de todo lo que Dios puede, y actualmente me daba fuerza el pensamiento que hay una sola cosa que no pueda hacer; Dios no puede mentir.

Muy á menudo habia leído este versículo, creia conocerle bien, y sin embargo, me pareció tan nuevo como si lo viera por primera vez. La ardiente prueba de aquella terrible duda me demostró su evidencia y me manifestó todo su valor.

¡Con cuánto gozo y agradecimiento me cobijé debajo de la promesa de la cual Satan me hizo dudar! Con firmeza y confianza, como si estuviera de pié en una roca (y estaba porque el Señor era mi roca, Salmo XVIII, 1.) Repetí en alta voz las palabras: *Mis ovejas nunca perecerán, ni nadie las arrebatará de mi mano.* Satan era muy fuerte, ciertamente, no podia ponerlo en duda, mas el Padre que me dió á mi Salvador (vers. 29) era mas fuerte todavía. Yo era muy débil, no podia luchar con Satan. ¿Qué importaba? *El que ha metido las aguas en el hueco de su mano.... El que llama á las estrellas por su nombre en la grandeza de su poder* (Isaías, XL, 12 á 26) no puede mentir, y El es quien dijo: «Mis ovejas no perecerán jamás ni nadie las arrebatará de mi mano.»

Una despues de otra se ofrecieron á mi mente las promesas con un poder, una energía y una belleza hasta entonces desconocidas, porque al frente de cada una veia escrito: Dios, que no puede mentir, ha dicho esto y esto. Fué por cierto una cosa grande el despojarme completamente de mí mismo, y reconocer que mi fuerza ó mi debilidad no tenian que ver nada en mi salvacion. Desde el cimiento hasta la cima toda la obra era de Dios, de aquel Dios que no puede mentir.

Al mas grande pecador que haya existido jamás, Dios, que no puede mentir, ha dicho: Arrepíentete, cree y serás salvo, porque *la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado.* (1.^a Juan, I, 7.) El mismo Dios dice que Jesús es poderoso para salvar hasta el último de los que van á Dios por El. A los creyentes que se hallan presa de la tentacion, Dios, que no puede mentir, ha prometido *que no les dejará ser tentados mas de lo que puedan llevar, antes bien dará tambien juntamente con la tentacion, la salida para que puedan aguantar.* (1.^a Cor., X, 13.) A los humildes y afligidos que miran hácia El, ha dicho: *No te desampararé, ni te dejaré.* (Heb., XIII, 5.) A los pobres y desvalidos que sienten su miseria, El promete que suplirá todas sus necesidades conforme á su riqueza en gloria por Jesucristo. (Fil., IV, 19.) Y á sus hijos que tiemblan al pensar en la muerte, asegura: *Que Cristo quitó la muerte.* (2.^a Tim., I, 10.) Y les dice: *Todo es vuestro, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo porvenir, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.* (1.^a Cor., III, 22-23.) Y en otro lugar: *Todas las cosas (inclusa la muerte) ayudan á bien á los que aman á Dios, á los que segun su propósito son llamados.* Y en el versículo siguiente añade: *Porque á los que antes conoció, tambien predestinó para que fuesen hechos conformes á la imagen de su Hijo, para que El sea el primogénito entre muchos hermanos* (Rom., VIII, 28-29.)

Me complaceria sobremanera proseguir, pero tengo que pararme. Espero no volveré á olvidar que el consuelo de las promesas de Dios estriba en el hecho que proceden de Aquel que no puede mentir.

Cuando una duda sobre una promesa se presenta á nuestra mente; cuando dudamos si somos dignos ó no, recordemos que no tenemos que alegar nada, ni hacer otra cosa sino recibirla con accion de gracias. Cristo no murió por los que son dignos. No vino para salvar los justos, para curar los sanos; murió para los pecadores. Vino á salvar los impíos, á curar los enfermos. De manera que si os hallais pecadores, impíos ó enfermos, podeis convenceros, que tiene poder para realizar todas sus promesas, con tal que busqueis al Salvador. Pruébese cada uno á sí mismo, y hallará que Dios es ciertamente *el Dios de verdad*, el Dios que no puede mentir.

APARTAD.

Se hallan en la Biblia numerosas espresiones magestuosas y solemnes, pero ninguna mas formi-

dable y mas capaz de infundir terror que la palabra *apartad*, cuando la pronuncia nuestro divino Señor; Aquel de quien se dijo con verdad: *«Jamás hombre habló como ese hombre.»* (Juan VII, 46.) «Aquel Señor muy misericordioso y piadoso, (Santiago, V, 2) que *no quiere la muerte del impío*, (Ezequiel, XXXIII, 11) y que dice al mas pecador de los hombres: *«Ven ahora y discutamos, y si fuesen tus pecados como la grana, serán emblanquecidos como la nieve, y si fueren rojos como el carmesí, como lana blanca serán.* (Isaías, I, 18.)

Las invitaciones de Nuestro Salvador abundan en la Biblia de tal modo, nos manifiesta tanta voluntad y tanto poder para salvar á todos los que se acerquen á Dios por su mediacion, que se nos hace muy difícil comprender cómo podrá salir de sus lábios la terrible palabra *apartad*. Sin embargo, todo ser humano, vivo ó muerto, todo hombre que viva ó muera sobre la tierra desde Adán hasta la sucesion de los siglos, tiene que oír al Salvador decirle individualmente: *«Ven bendito, ó aparta maldito.»*

Una vez pronunciada cualquiera de estas dos sentencias, se ejecutará sin remedio y sin apelacion. Procurad imaginaros lo que seria de vosotros si en este mismo instante fuérais llamados á comparecer ante Dios y siuviérais que oír este terrible fallo: *«¡Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles!* (Mateo, XV, 41.) Cada espresion de este decreto causa pavor. *«¡Apartaos de Mí!»* Apartaos de aquel Señor benigno y cariñoso que tantas veces quiso allegaros como la gallina allega sus polluelos debajo de las alas, pero no quisisteis. (Mateo, XXIII, 37.) ¡Apartaos de aquel bendito Espíritu, cuyo tierno amor, invitaciones y solemnes avisos habeis despreciado y rechazado! ¡Apartaos del cielo y de la plenitud de su alegría! ¡Apartaos de los santos ángeles y de toda la milicia de los redimidos que han lavado sus vestiduras y las han blanqueado en la sangre del Cordero! (Apoc., VII, 14.) Pero no para en esto. Los que tengan que apartarse son llamados *malditos*. ¡Apartaos, malditos! ¡Malditos por Aquel que se complace en bendecir! «¡Apartados de la presencia del Cordero, y bajo el peso de su ira.» (Apoc., VI, 16.) ¡Oh, no puede imaginarse una ira mas temible, una ira mas dura de sobrellevar que la del Cordero de Dios, del Cordero que murió para salvar á los pecadores!

Hay mas todavía; los que se vean precisados á separarse de la presencia de Dios, y caigan bajo su maldicion no tendrán libertad para elegir el sitio de su retiro; no solo no tendrán que apartarse, sino que habrán de ir al fuego eterno y sufrir este castigo espantoso, no un año, ni dos, ni ciento, sino siempre jamás. El fuego será eterno: *allí no muere el gusano y el fuego nunca se apaga.* (Márco, IX, 48.) Ademas queda otra parte de la sentencia que duplica el horror de lo restante, y es: que el *fuego eterno* fué preparado, no para el hombre sino para el diablo y sus ángeles; de manera que si fuérais sentenciados al tormento del fuego eterno, se os podrian aplicar las siguientes palabras de Cristo: *No habeis querido venir á mí para tener vida.* (Juan, V, 40.) Porque con respecto á nosotros, es cierto que el Señor *espera con paciencia por amor de nosotros, no queriendo que ninguno perezca sino que todos se conviertan á penitencia.* (2.^a Pedro, III, 9.) Declarada una vez la sentencia, no hay escape ni medio de evadirla. Tan pronto como se pronuncie tiene que ejecutarse necesariamente y para siempre. Dios habia suministrado con abundancia todo lo necesario para nuestra salvacion. Por muy pecador, muy endurecido, temerario é impenitente que hayais sido hasta ahora, Jesús quiere y puede salvaros. El os dice: *Venid, todo está preparado.* (Lúcas, XIV, 17.) *Inclinad vuestro oído, venid á Mí, escuchad y viviré vuestra alma.* (Isaías, LV, 3.) *Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase al Señor, y tendrá misericordia de él, y á nuestro Dios, porque es abundante en perdonar.* (Isaías, LV, 7.) Y ahora os preguntaré: ¿no quereis ir al Señor, no quereis lavaros en la fuente abierta para limpiar la mancha y la manilla? (Zacarías, XIII, 1.) ¿Os negareis á depositar vuestros pecados en manos del que fué llagado por

vuestas iniquidades y quebrantado por vuestras transgresiones? (Isaías, LIII, 5.) ¿Y muriendo por vosotros llevó el castigo que mereciais para que pudierais ser salvos? En este momento Jesús os está diciendo *Venid*, y el que escribe estas líneas repite su llamamiento. Id á Jesús, id ahora mismo, el *Espíritu y la Esposa* (la Iglesia) dicen *Ven*, y el que lo oye diga *ven*; y el que quiere, tome del agua de la vida de balde (Apoc. XXII, 17.) Venid, y sereis bien recibido, tan franca y cordialmente como lo fué el hijo pródigo, que cifraba su mayor esperanza en ser tratado como los jornaleros de su padre; y sin embargo, sabemos que *como estuviere lejos le vió el Padre y se movió á misericordia, y corriendo á él le echó los brazos al cuello y le besó.* Y como el hijo balbuceaba palabras de pesar y de arrepentimiento, su padre no le dejó proseguir, y dijo á los criados: *Traed aquí la ropa mas preciosa y vestidle, y ponedle un anillo en su mano, y calzado en sus piés, y traed un ternero cebado y matadlo, y comamos y alegrémonos; porque este mi hijo era muerto y ha revivido; se habia perdido y ha sido hallado; y comenzaron á alegrarse.* (Lúcas, XV, 20 á 24.) Porque siempre hay gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente. (Lúcas, VII.)

La misma bienvenida os espera. Jesús os la ofrece siempre cuando dice: *Venid á mí.* Os lo dice ahora mismo. *Hé aquí el tiempo favorable; hé aquí el día de la salud* (2.^a Corintios, VI, 2.) Pensad que no sabeis cuánto puede durar el tiempo que se os concede. No podeis preveer cuántas veces mas, el Señor en su Evangelio, os recordará su libre y gratuita invitacion. Pero, conoceis muy bien que ha de finir el plazo de la salvacion; que ha de llegar un día en que se os llame por última vez; y si no habeis aprovechado el tiempo, si no habeis correspondido al llamamiento, si no aceptais la oferta, esta no podrá realizarse y tendreis que oír al Salvador, cuando os diga: *Apartaos para siempre malditos al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles.* Amado lector, ruego á Dios que así no suceda. Venid á Jesús ahora, tal como sois: venid con vuestros pecados; *todos serán emblanquecidos en la preciosa sangre que nos ha limpiado,* (Juan, I, 7.) Venid ahora, y cuando comparezcáis ante su presencia, oireis con alegría á vuestro juez, que os dirá: *Venid los benditos de mi padre; heredad el reino que os fué preparado desde la fundacion del mundo.*

MIGUEL HEALY EL CAMPESINO IRLANDÉS.

Historia verdadera escrita por el reverendo Juan G.

(Continuacion.)

El maestro estaba espantado. Que hubiese leído un romance, un libro de cuentos ó un periódico, enhorabuena; pero leer la Biblia, la Palabra del Salvador, era para él un crimen. Deseando ante todo poner á salvo su responsabilidad, se dirije sin demora á casa del señor cura para contarle cuanto acababa de suceder, sin olvidársele decir que á todos sus argumentos no dió otra contestacion Miguel (¡oh blasfemia!) que la de «Leeré mi libro pese á quien pese.»

Estas palabras produjeron en el señor cura una impresion desagradable. ¡Qué desgracia ver una de sus queridas ovejas pasar el domingo leyendo la Biblia, cuando la Iglesia ni siquiera permite tener una! Pocos dias despues el cura pasó á visitar á Miguel en su casa y procuró ganarle con afabilidad y dulzura.

—¿Qué es lo que he oído de ti, Miguel?—dijo;—¿cómo, tú, hijo de un padre tan digno! De veras que me aflige sobremanera...

—Pero, ¿qué mal he hecho yo?—le interrumpió Miguel.

—El maestro me ha dicho que lees la Biblia. ¿Te habrás, pues, propuesto deshonorar tu familia y escandalizar la parroquia, Miguel?

—¡Oh, señor cura, no os inquieteis tanto! ¿Por

qué apenaros porque yo tenga gusto en leer un libro que fué de mi padre?

—¿Cuánto tiempo hace que le vienes leyendo?

—No hace todavía un año, señor cura. Ese libro lo encontré yo registrando un viejo cofre que fué de mi difunto padre, y desde entonces lo vengo leyendo siempre que tengo oportunidad y tiempo; porque su lectura, francamente, me hace mucho bien.

—A ver, á ver, enséñamelo,—esclamó el señor cura todo sobresaltado;—me temo mucho que la mala semilla haya ya comenzado á dar su fruto.

Miguel se dirigió sin detenerse al cofre donde lo tenia guardado, y presentó al señor cura el fragmento de su Biblia.

—Es harto cierto por desgracia,—dijo este foliando sus páginas;—es la Biblia, Miguel; no debes leerla mas; es un libro que no se ha escrito para tí: sin poseer el cúmulo de conocimientos que se exige á un clérigo, podría estraviarle del verdadero camino y venir á caer en la herejía.

Miguel tomó su libro de las manos del cura y, ¡oh, señor cura,—replicó con la mayor cortesía,—podeis creerme; jamás he visto un libro semejante, y estoy seguro que si no me hace mejor tampoco me hará peor.

—Miguel, no debes conservar ese libro,—repuso el cura en tono persuasivo;—dámelo, y ya que ha pertenecido á tu padre te prometo conservarle y tener buen cuidado de él.

—¡Daros yo el libro de mi padre!—esclamó vivamente Miguel;—dispensadme, señor cura, esto no lo haré en manera alguna. Yo mismo le guardaré y tendré cuidado de él.

Oida esta respuesta, el tono del señor cura cambió, y viendo que por medio de la dulzura nada absolutamente conseguía, apeló á la violencia; montó en cólera, y Miguel, por el contrario, con la mayor calma y sangre fría, protesta de nuevo que conservaría su libro á toda costa.

—¿Conque es la Biblia, señor cura?—le preguntó con interés;—y mirad ¡qué lástima! aquí faltan algunas páginas,—y estaba á mitad del Exodo,—y aquí tambien,—señalando en el libro de Daniel.—¿Dónde podría yo hacerme con una Biblia completa, señor cura? Tengo vivos deseos de poseer una.

Esta pregunta hecha por Miguel con toda la sencillez de su corazón no era la mas á propósito, como se puede comprender, para apaciguar al cura; así, que se negó abiertamente á responderle. Entonces aquel reiteró su pregunta con la mayor sangre fría, lo cual equivalía á añadir mas combustible al fuego. El cura se incomodó de nuevo; empero sus amenazas no asustaban absolutamente á Miguel, porque sentia ceñido su cuerpo con el cinto de la verdad y era fuerte en el Señor.

Bien pronto circuló la noticia de que Miguel Healy leía la Biblia, y no queria renunciar á ello á pesar de haberle amonestado, y que hasta se habia hecho protestante. Muchos de su aldea creían firmemente que Miguel hubiera hecho mejor en tener en su casa una serpiente que la Biblia; que no seria ya mas feliz en su vida por no haber escuchado al cura y que debía estar poseído del demonio, por haberse hecho protestante. En fin, cegados por la prevencion y la ignorancia aquellos pobres aldeanos tenían no solo por espuesto, si no que tambien por altamente deshonoroso continuar visitando á su antiguo amigo.

Sin embargo, Miguel continuaba, como de costumbre, yendo á misa; el cura le lanzaba de vez en cuando terribles miradas y todos huían de él como si llevase la peste consigo; pero no se afigia por esto. El cura habia, sin duda, prohibido á sus vecinos toda comunicacion con él, á fin de librarles del contagio y hacer así que Miguel renunciase al estudio de la Biblia; mas él permanecía firme resistiendo la astucia y la tibieza de sus amigos, sin que ni promesas ni amenazas bastaran á hacerle vacilar. Cuanto mas el huracan parecia rugir en torno suyo, tanto mas él parecia adherirse á la Biblia que habia llegado á ser para él su tesoro. Si la Palabra de Dios habia atraído sobre él la cólera

de los hombres, en cambio habia tambien hecho descender á su alma una abundancia de bendiciones celestes; de suerte que aprendía, como David, á consolarse mirando al Señor su Dios. Los medios empleados para atraerle á sus antiguas convicciones produjeron un resultado diametralmente opuesto al que podrian esperar. La conducta del cura, la de todos los aldeanos y su conocimiento siempre progresivo de las Santas Escrituras no hicieron sino enfriar su ardor por las prácticas de la Iglesia en que habia nacido; comenzó por ir á ella con menos frecuencia y pronto llegó á abstenerse del todo.

Poco despues llegó á conocimiento de Miguel que un pastor de las inmediaciones tenia Biblias, y que probablemente le daria una si se llegaba á pedírsela. Salió, pues, y encaminándose á una pequeña aldea, distante cuatro leguas de su pueblo, se dirigió inmediatamente á casa del pastor.

—Señor,—le dijo,—colocando el fragmento de su Biblia sobre su escritorio; quisiera tener una Biblia completa, y no tengo sino una parte: héla aquí.

El ministro entonces, trabando conversacion con él y conociendo el buen uso que habia hecho Miguel del deteriorado ejemplar de las Santas Escrituras, le dió una hermosa Biblia en octavo, que Miguel mostró algunos años despues, y ha conservado hasta sus postreros dias.

El afortunado Labrador regresó á su casa el mismo dia, no sin haber hecho á pié una jornada de ocho leguas; pero á pesar de esto no se encontraba fatigado, pues llevaba consigo un gran tesoro. Desde aquel momento Miguel comenzó á sondear las Santas Escrituras. Le parecia haber sido trasportado á un nuevo mundo desconocido; regiones desconocidas y perspectivas completamente nuevas para él, se desplegaban delante de sus ojos. La historia de Abraham le llenaba de asombro, al par que la de Joseph le llenaba de encanto. ¡Y la esclavitud en Egipto, ¡oh! qué eco despertaba en su corazón su historia! Y empero cuando llegó á la lectura del Nuevo Testamento, ¡ah! entonces su encanto no reconoció ya límites. Siguió al hombre de dolores en todas las fases de su milagrosa vida desde la cuna á la Cruz. Getsemani y el Pretorio, la crucifixion y la sepultura, cada una de estas escenas conmovedoras le llenaba de santas emociones. Conocía que antes era pobre, pero que ahora era rico; su corazón se llenó de amor para con todos; habia querido manifestar á todo el mundo lo que sabia de Jesús, pero á pesar de esto no podia conseguir que su esposa é hijo adoptasen sus creencias, y con respecto á sus amigos y vecinos, cada dia se apartaban mas de él.

Así trascurrieron algunos meses; Miguel pasaba los dias dedicado al cultivo de sus tierras y las noches entregado á la lectura de la Biblia: empero pronto el Eterno tuvo á bien privarle de su prosperidad, pues perdió en poco tiempo sus ganados, tuvo malisimas cosechas y se vió imposibilitado de pagar sus arriendos. No teniendo mas que lo que ganaba con su trabajo, y no queriendo por otra parte prestarle nadie dinero, se le echó bien pronto de sus tierras. El dueño de estas tierras era católico, y he sabido posteriormente que por aquel entonces habia otros correligionarios suyos en la misma situacion que Miguel; pero este leía la Biblia, y esto era bastante para que no hubiese compasion de él. Habia despreciado la autoridad de su director espiritual, podia infectar á sus vecinos con sus perniciosas doctrinas, y entonces ¿quién sabe á dónde irian á parar sus estragos? Por otra parte, se habia presentado una buena ocasion para arrancar esta cizaña. En breve el pobre Miguel fué lanzado de la casa donde vió correr sus primeros años y donde creía poder acabar su carrera. Se vió obligado á ceder su puesto á otro, sintiendo el amargo disgusto de ver que manos estrañas cultivaban aquellos campos, testigos mudos de sus infantiles juegos; aquellos campos que mas tarde y en la flor de su vida habia regado con su sudor tantas veces.

(Se continuará.)

LA SALIDA DEL ARCA.

«Y en el mes segundo, á los 27 dias del mes se secó la tierra y habló Dios á Noé, diciendo: «Sal del arca, tú, tu mujer, y tus hijos, y las mujeres de tus hijos contigo, todos los animales que estén contigo. De toda carne, de aves y de bestias y de todo reptil que anda arrastrando sobre la tierra sacarás contigo y vayan por la tierra y fructifiquen y multiplíquense sobre la tierra.» Entonces salió Noé y sus hijos, y su mujer, y las mujeres de sus hijos con él, todos los animales, y todo reptil y toda ave, todo lo que se mueve sobre la tierra. Segun sus especies salieron del arca. Y edificó Noé un altar á Jehová, y tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia, y ofreció holocausto en el altar. Y aperebió Jehová olor de suavidad y dijo Jehová en su corazón: «No tornaré mas á maldecir la tierra por causa del hombre, porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud: ni volveré mas á destruir todo viviente como he hecho. Todavía serán todos los tiempos de la tierra, la sementera y la siega y el frio y el calor, y verano é invierno, dia y noche no cesarán.» De esta manera sencilla y elevada refiere el capítulo VIII del Génesis la salida de Noé del arca y el esparcimiento de todas las razas de animales sobre la tierra.

Esta sencilla narracion se presta á bastantes consideraciones cristianas. La misericordia de Dios se habia colmado; ya no cabian en la tierra los crímenes de los hombres. «Y miró Dios la tierra, y hé aquí que estaba toda corrompida.» Hizo pacto con Noé y envió el diluvio cuando aquel se hubo metido en el arca con su familia. «A tí te he visto justo delante de Mí en esta generacion,» dijo Dios á Noé. Si Dios quisiera revocar su propio decreto y quisiera anegar de nuevo la tierra á causa de los pecados de los hombres, ¿podria decir á muchos hombres las palabras que dijo á Noé? Examinémonos á nosotros y respondamos como si Dios nos interrogara. ¿Hacemos la voluntad de Dios? ¿Hemos dejado de estar «atestados de toda iniquidad, fornicacion, de malicia, de avaricia, de maldad; llenos de envidia, de homicidios, de contiendas, de engaños, de malignidades; murmuradores, detractores, aborrecedores de Dios, injuriosos, soberbios, altivos, inventores de males, desobedientes á sus padres, necios, desleales, sin afecto humano, desapacibles, sin misericordia, que habiendo entendido el juicio de Dios que los que hacen tales cosas son dignos de muerte, no solo las hacen, mas aun consienten á los que las hacen?» (Rom., I, 29 al 32.) Nosotros tambien hemos entendido el juicio de Dios: conocemos lo malo, lo que produce la muerte y lo que es digno de muerte eterna, y sin embargo, ¡oh debilidad humana! seguimos lo malo, caemos en la muerte del pecado y nos esponemos á que el Omnipotente nos diga: «Yo te destruiré con la tierra.» ¿Hasta cuándo, puede decirnos Jesucristo, habeis de estar abusando de mi paciencia y de mi misericordia? Yo salvé á la raza humana por medio de Noé de la destruccion completa; yo estaba ya dispuesto para descender á la tierra cuando se cumplieran los tiempos, á limpiar del pecado á los hombres; yo me revestí de carne humana y bajé á morar con ellos; yo sufrí sus dolores, sus padecimientos, y dolores y padecimientos como los hombres no han sufrido; yo hice todo esto, y el pago que he tenido de los hombres ha sido el pecado, lo que mas me desagrada, lo que mas aborrezco. ¿No escucha cada uno en su conciencia estas palabras que le dice Jesucristo? ¡Oh! Levantemos en ella un altar como Noé al salir del arca salvadora, postrémonos como él de rodillas, y digamos á todas horas: «Señor, perdon; soy de la raza de aquellos á quienes tuviste necesidad de exterminar porque habian manchado y contaminado la tierra que tú le dejaste pura; pertenezco á ellos no solo por la carne, sino tambien por el corazón; cambia tú mi corazón, pues tú solo eres el que puede hacerlo.»

Si una vez nos arrepintiéramos verdaderamente, Jehová percibiria olor de suavidad y diria en su corazón: «No tornaré mas á maldecirte.» Acordémonos de aquellas frases: «Esto empero, digo, herma-

nos, que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción hereda la incorrupción.» (1.^a Cor., xvi, 50.) Acordaos de aquellas otras: «Mas por tu dureza y tu corazón no arrepentido, atesoras para tí mismo ira para el día de la ira y de la manifestación del justo juicio de Dios, el cual pagará á cada uno conforme á sus obras.» (Romanos, ii, 5 y 6.)

Dios no quiere mas que corazones limpios y puros: si la ley nueva ha abolido los holocaustos y los sacrificios, sin embargo, no ha abolido uno, el que podemos hacer á Dios ofreciéndole nuestra alma. La lección del diluvio es terrible, pero la misericordia de Dios no brilla menos en ella reservándose para su servicio al que encontró justo. Si no hay uno justo delante de Dios, ¡oh! concedáanos al menos que nos acerquemos á él por nuestra santidad.

MEDITACION.

«El es es nuestra paz.»
— (Efesios, ii, 14.)

Es de suma importancia para toda alma estar en paz con Dios y vivir con Él en un estado de reconciliación; saber que nada hay en el pensamiento divino en contra nuestra, sino que antes al contrario, toda condenación es elegida por nosotros para siempre jamás; ver á Dios en Cristo y saber que las gracias que nos dispensa, nos las envía para nuestra paz. No, nada en el mundo puede sobrepujar la dicha de un cristiano en semejante estado; se encuentra en paz con Dios: la paz está en su conciencia y gozará también de una paz eterna. Sabe que esta paz le ha sido concedida por la gloriosa Trinidad, desde que fué establecida la alianza, la cual es llamada una *alianza de paz*. Sabe también que la paz está predicha y prometida, porque el Hombre-Dios se prestó á realizarla, y que desde la encarnación del Salvador, los ángeles cantan: «Paz en la tierra, buena voluntad hacia los hombres.» Cree que los trabajos de la vida del Redentor, así como la agonía de su muerte, tenían por objeto traerle la paz con condiciones que honrasen la justicia divina y la basasen sobre un fundamento inquebrantable. Recibe el Evangelio como la buena nueva de la paz y de la reconciliación, y se regocija pensando en que este Evangelio anuncia la paz á *aquel que está cerca*, como á *aquel que está lejos*. Siente en su corazón la gracia del Santo Espíritu que le conduce á la sangre de la expiación y al trono de la gracia para obtener la paz. Realiza dentro de sí propio la gracia de obtener la paz como un puro don de la mano del Salvador, y viendo que esta paz *guarda su corazón y su espíritu*, no la busca mas que en Jesús y no la quiere mas que de Él: no la busca mas que en sus deberes, en sus esperanzas y en sus trabajos; pero en esto está su triunfo. Él es nuestra paz.

Hijos de Dios, yo os exhorto á que en todo tiempo consideréis á Jesús como vuestra paz. Por la sangre de la cruz ha hecho Él la paz, y por mas tentado, probado y atormentado que pueda hallarse cualquier pobre creyente, tiene la paz con Dios por medio de Él. Si la enfermedad se apodera de vuestro cuerpo y os tiende en el lecho del dolor, mirad en Jesús como vuestra paz. Cuando Satanás os asedia con terribles tentaciones y *con dardos inflamados*, tened en cuenta que Jesús es vuestra paz. Si os veis reducidos á recorrer solos los áridos lugares del desierto de este mundo donde no se crían mas que abrojos y espinas, decid siempre: Jesús es vuestra paz. Si la persecución enciende sus hogueras y prepara las armas con que ha de exterminaros, Jesucristo sea vuestra paz. Si en fin, mil pruebas se os presentan en vuestra familia, en vuestros negocios, en la Iglesia, ¡oh! recordad que Él es vuestra paz. No olvidéis jamás esta verdad tan á propósito para fortalecer vuestras almas y para regocijar vuestros corazones. *Él es el que hará la paz*. En fin, cuando á una señal de Jesús, la muerte venga á visitaros (y no olvidéis que ella

vendrá á una señal de vuestro tierno y compasivo Salvador), decid con energía estas palabras: Él es nuestra paz. La paz no la constituyen ni nuestros bienes, ni nuestros talentos, ni nuestros deberes; la constituye Él solo. Él la ha dado, la ha asegurado, la ha revelado; Él la confirma y Él será glorificado. Es imposible que haya cosa alguna que la destruya á menos de deshacer lo que Jesús ha hecho, á menos de revocar sus promesas y de cambiar lo que no puede ser cambiado, su Espíritu eterno.

Tened en cuenta, cristianos, que si estais en paz con Dios, nada teneis que temer. Estando Dios en paz con vosotros, los ángeles os servirán, y todas las gracias de la Providencia, y aun los mismos designios de Satanás *concurrirán á vuestro bien*. Yo os lo digo, *regocijaos en Nuestro Señor*; yo os lo digo, *regocijaos*. Glorificaos en Jesucristo, y no pongais vuestra confianza en la carne. *Entrareis en la paz, reposareis en vuestro sepulcro los que hayais vivido conforme á sus ordenanzas*. Dios es para vosotros el Dios de paz; Jesucristo, el príncipe de la paz; el Evangelio, la buena nueva de la paz. Los santos son los hijos de la paz, y el cielo la estancia de una paz eterna. Esperad, esperad, pues, en esa dichosa esperanza y en la aparición de la *gloria de nuestro gran Dios y nuestro Salvador Jesucristo*.

EL HIJO DE LA VIUDA.

I.

Sentada sobre una silla
Estaba una pobre madre,
Con el corazón deshecho
Y llanto vertiendo á mares.
A sus pies tiene una cuna
En donde agoniza un ángel,
El alivio de sus penas,
El sosten de sus pesares.
Están solos ella y él,
Sus alas la muerte bate,
Sobre aquel niño inocente
Que vá á robar á su madre.
Por de fuera el cielo azul
Se encapota, brama el aire
Y las nubes se amontonan,
Que es noche de tempestades.
En tanto allí, en su guardilla,
Esclama la pobre madre:
«¡Padre mio, Padre mio!
¿Serás capaz de quitármele?»

II.

Hace años ya que está sola,
Y años hace ya que el hambre
Ronda aquella pobre casa,
De que no se acuerda nadie.
Desde que murió su esposo,
Cuánto ha sufrido, Dios sabe;
Pero ella, á cada dolor,
Dice: «Que vengan pesares
Y que Dios me favorezca,
Que lo demás nada vale.»
Y sufre tranquilamente
Su vida, á Dios confiándose;
Pero al ver á su hijo enfermo,
Tan enfermo, se le cae
El alma á los pies, y llora,
Se desespera y se abate.
Y entre lágrimas, murmura
Con acento suplicante:
«Déjamele, Padre mio,
¡Oh, no me le quites, Padre!»

III.

Sobre la cuna inclinada
Suspira la pobre madre;
Vá á ver morir á su niño,
Y aun mas sola vá á quedarse;
Pero el tiempo pasa y pasa,
Las horas caen y caen,

Y un sueño profundo cierra
Los párpados á la madre.
Vió á Jesucristo venir
Hasta ella, hendiendo los aires,
Y le oyó que le decía
Estas palabras amantes:
«Mujer, mujer, yo te quiero,
Tú tienes una fé grande:
No se morirá tu hijo,
Que viva contigo el ángel.»
Ella entre sueños cayó
A sus plantas adorándole,
Y dijo: «¡Bendito seas!
¡Padre, gracias! ¡Gracias, Padre!»

IV.

La pobre mujer volvió
De su sueño una hora antes
Que el primer rayo de luz
Por la alta ventana entrase.
Inclinóse con afán
Sobre el rubio y tierno infante
Que la miraba sonriendo;
¡Lloró de gozo á raudales!
Cojióle la tierna mano;
No estaba ardiendo la carne
Como hacia poco. ¡Bendito
El Dios que hace y que deshace!
Estaba salvado el niño,
Estaba salvado el ángel.
El sueño fué verdadero,
Jesús no miente á las madres.
Ella se postra en el suelo
Y á Dios clama: «Tú los ayes
Escuchas de los que sufren.
¡Padre, gracias! ¡Gracias, Padre.»

V.

Desde aquella hermosa noche
La viuda en su pecho trae
A Jesús. Es su consuelo,
El la quita sus pesares.
Su niño crece en Jesús,
Y le ha enseñado su madre
En cuanto aparece el sol,
De rodillas á postrarse,
Y á decir: ¡Jesús, bien mio,
Haz huir de aquí los males,
Ten compasión de los niños,
Ten compasión de los padres.
Agua dá al que tenga sed,
Y pan al que tenga hambre,
Y pues á todos un día
Redimiste con tu sangre
Y abristeles con tu mano
Las mansiones celestiales,
Señor, bendito seas Tú.
¡Padre, gracias! ¡Gracias, Padre!

A. SANCHEZ DEL REAL.

LA TIA MARTIN.

Un pastor célebre establecido en la gran ciudad de..... rogó á una jóven que se encargase de una sección de niños en la escuela dominical, y que hiciese visitas de evangelización en un barrio populoso y pobre. La escuela la agradaba mucho, pero la costaba gran trabajo el vencer su timidez natural, cuando se trataba de hacer visitas, y sobre todo pasaba muy malos ratos cuando tenía que ir á una casa en donde no se cuidaban de sus exhortaciones, ni tenían para nada en cuenta sus tratados, ni sus palabras. Sin embargo, el sentimiento del deber la hizo perseverar, é imploró con mas ahínco desde aquel momento el socorro de la gracia divina, para poder sobrellevar aquella cruz.

Por espácio de muchos domingos, algunos niños de su clase pusieron á prueba su paciencia. Mientras se dirigía á uno de ellos otro cualquiera sacaba de sus bolsillos manzanas y nueces, y esto llamaba la atención de los demás. En vano los registraba antes

de la escuela; la provision de los niños parecia inagotable, y su paciencia se acababa.

—Santiago,—preguntó ella un día;—¿de dónde sacais esas manzanas? Decídmelo; Julio..., Mariano...

Ninguno contestó. Habia evidentemente un complot entre ellos, y solo cuando se les amenazó con quitarles todas sus golosinas, confesaron que los habian comprado en la tienda de la tia Martin, por cuya puerta pasaban al ir á la escuela. Aquel fué un descubrimiento desagradable, porque la tia Martin á quien se la habia recomendado que fuese á ver, era una mujer grosera y violenta que parecia embrazada cuando se iba á verla, que parecia hacer un favor cuando recibia un tratado, y que daba las gracias con un tono que queria decir: «*Volved si os alveis.*» Esta mujer tenia abierta su tienda los domingos, y no contenta con no observar ella el cuarto mandamiento, incitaba á los niños á violarle. La jóven maestra comprendió, que no solo debia hacerla una visita amistosa y ofrecerle un tratado, sino que debia reprenderla y exhortarla á cambiar de conducta sobre este punto. Grande fué su agitacion, cuando al siguiente sábado tuvo que ir á la tienda de aquella mujer, y en verdad que no pudo escojer tampoco un momento menos favorable. La tia Martin estaba muy ocupada, y cuando oyó que sonaba la campanilla al abrirse la puerta, volvió la espalda á la visitadora, como si fuera imposible saludarla políticamente.

—Os traigo el tratado de que os he hablado,—dijo la jóven,—pidiendo á Dios valor y sabiduría.

—Bien,—replicó la tendera con aire descontento,—pero no me hace falta; tengo otras cosas que hacer que leerle.

¿Qué tenia que hacer? Volvió á meter el tratado en su bolsillo y dijo:

—Señora Martin, me pareceis muy desdichada.

El tono firme con que dijo la jóven estas palabras, tan diferente de la voz tímida que hasta entonces habia escuchado la tendera, la sorprendió y se volvió para mirar á la jóven frente á frente.

—La verdad es que vos no seriais dichosa,—replicó la mujer,—si estuviéseis en mi lugar. Un perro no cambiaria su suerte por la mia.

Una vez empeñada la batalla el soldado mas tímido pierde el temor; lo propio sucedió á la jóven.

—Si yo me pareciese á vos, tambien seria desdichada cualquiera que fuese mi suerte.

—¿Qué quereis decir con eso?

—Vos atraeis sobre vuestra cabeza una maldicion, no sirviendo al Señor y no observando sus mandamientos.

Y despues de haberla dado esta respuesta tan franca, la jóven la dijo claramente su pensamiento, y concluyó por hacerla conocer lo mal que habia obrado, al incitar á los niños á comprar golosinas el domingo.

—Os quiero decir mi situacion,—respondió la tendera.—Mi marido siempre está ébrio; no sirve para nada, jamás me dá un céntimo, y quiere que yo pague la casa, y que no le deje carecer de nada. Cuando le falta algo se enfurece, andamos á golpes, y como él es fuerte y robusto, me maltrata y me pega horriblemente. El domingo es el dia mejor para la venta, y si yo cerrase mi tienda en ese dia, no tendria con qué aplacar á mi marido.

La jóven la aseguró que lo que enriquece es la bendicion del Señor, y lo que le dijo sobre este punto, pareció conmover un poco á la violenta tendera.

—Estoy segura,—añadió la jóven,—que encontrareis mayor provecho en servir á Dios que á Mamon, un provecho mas real. Intentadlo, cerrad vuestra tienda aunque no sea mas que un solo domingo, é id á la iglesia.

Ella esperaba que obligándola así consentiria, y en efecto la tia Martin consintió.

—Tened en cuenta que yo no os prometo ir á la iglesia mas que un solo domingo,—tuvo muy buen cuidado de añadir;—si yo no doy tanto á mi marido como otras veces, él se contentará si quiere.

Durante toda la semana, la jóven dirigió á Dios humildes y fervientes plegarias para que aquel

ensayo de reforma diese buenos resultados. Una vez estuvo tentada á enviar á comprar diferentes objetos á la tienda, pero se arrepintió de ello porque esto denotaba desconfianza en la providencia de Dios. Al sábado siguiente renovó su visita.

(Se continuará.)

HISTORIA DE LA OBRA EN VALLADOLID.

(Continuacion.)

Bien pronto tomaron importancia las reuniones de niños. Ordinariamente acudian á ellas muy cerca de 200, en su mayoría de 11 á 16 años de edad. Orábamos, cántabamos himnos, que aprendian fácilmente, y les explicaba algun pasaje del Evangelio. El método que empleé para enseñar á los pequeños, gustó tanto á los mayores, que acudian á estas reuniones en número de 400 á 500.

Entonces conocí que volviéndose niño y hablando á las gentes con sencillez y claridad, se alcanza mas de ellas que con discursos cargados de ciencia, erudicion y palabras poco conocidas, que muchos no entienden, aunque tengan apariencia de ilustrados, ó que en último caso atraen al auditorio á recrearse oyendo una música deliciosa y le apartan de penetrarse de la verdad de Dios, de llorar por sus pecados, de acudir á Jesucristo y de considerar la vocacion de Dios, las riquezas de la gloriosa herencia de los santos en Cristo y la sobre eminente grandeza del poder del Padre para con los que creemos, manifestada en el Hijo al resucitarle de los muertos y colocarle sobre todo nombre y poder en este y en el futuro siglo, sometiendo todas las cosas debajo de sus piés y dándole por cabeza á la Iglesia, la cual es su cuerpo, para que reine con ella por siempre, sin que de su reino haya fin.

A los pocos dias de inaugurar estas reuniones, se dividieron en dos bandos los niños de la ciudad: el de los católicos y el de los evangélicos, y cuando estos salian de la capilla eran insultados y alguna vez maltratados por aquellos.

No poco trabajo empleé para persuadir á nuestros niños á que no se defendieran, pero al fin me obedecieron, con lo cual y con algunas medidas que tomé, pude evitar los disgustos que nos amenazaban, aunque no todos, pues como quiera que muchas niñas cantaban en sus juegos al corro:

«*Muera don Pedro,
Muera don Juan,
Y viva Cristo
Si no es liberal.*»

cuando alguno de los nuestros lo oia, aalia á la defensa y se originaban cuestiones.

Tambien fueron molestados varios de nuestros niños que concurrían á las escuelas públicas, despidiéndoles de algunas de estas, ó castigándoles severamente, ó apartándoles de entre sus compañeros, por *apestados*, (por cierto que se elevó una queja de esto á quien correspondia, y aun no ha habido respuesta) y aquellos que trabajaban en fábricas ó talleres, fueron tambien mortificados ó despedidos, á veces contra la voluntad de sus maestros que se veian obligados á hacerlo, porque muy pronto los curas ó comisionados suyos les visitaban diciéndoles:

—La casa de Vd. está excomulgada, mientras tenga en ella ese chico que vá á endemoniarse á la capilla de protestantes. Es preciso que, ó deje de ir á ella ó sea despedido de su casa de Vd. ¿Cómo? ¿No conoce usted que perderá todos los parroquianos? ¿Qué perecerá de hambre?

Luego acudian á las maestras.

—¿Cómo consiente Vd. esto en su casa?—les decian, —Vd. está en condenacion, desgraciada; ¿quién la confesará en la última hora; quién la dará la extremauncion; quién la amparará en la otra vida, si consiente Vd. en su misma casa un envenenado, que oye doctrinas contra Dios, contra la Virgen, contra el matrimonio y contra el clero?

A continuacion hablaban de las calderas del

infierno, del purgatorio y demas camarotes del diablo que aseguran tener a su disposicion, recordaban los textos «*A tí daré las llaves.... etc.*, y todo lo que ligáreis.... etc.,» y cuando no persuadian, acobardaban, pero conseguian su propósito, aunque no siempre.

A pesar de todo, el número de niños no disminuia, porque por cada dos que faltaban concurrían 10 nuevos, y otros consentian en ser despedidos de la escuela ó taller y aun en recibir castigo de sus padres, antes que faltar á las reuniones para dar culto á Dios por medio de Jesucristo.

En ellas, una vez por semana, les referia una historieta cristiana, que los niños mayores habian de presentarme escrita en el plazo de seis dias, de la cual solia recibir 20 ó 24 copias, algunas muy bien tomadas.

Recuerdo que en una de estas noches entró en la capilla un jóven acompañado de una mujer muy anciana, á quien habia llevado hasta allí con el pretesto de que en aquel lugar se esponia un cosmorama.

Cuando la anciana recorrió el salon con la vista, dijo con estrañeza al jóven:

—¿Hijo mío, dónde estamos?

—No se asuste Vd. abuelita,—le contestó aquel,—pero estamos en la capilla protestante.

—Vámonos, vámonos,—dijo aterrada la anciana.

—Ya no es posible,—la replicó el mancebo,—porque el que aquí entra, no puede salir hasta que todo se acabe.

Entonces comenzó el culto con un himno; siguió una oracion y luego otro himno; á seguida leí un capítulo de la Biblia, y por fin comencé la historieta para los niños.

—Ya podemos irnos, abuelita,—dijo el jóven á la anciana.

—Sí, vámonos, hijo mío,—le contestó.

Pero no se movió del asiento.

A poco rato volvió el jóven á decirle:

—Abuelita, ya podemos ir á casa.

—Voy, voy,—le contestó,—mas espera un poco.

Seguinarrando y el jóven volvió á decir á la anciana:

—Es tarde, vámonos.

—Hijo,—le contestó esta,—aguarda á que acabe ese señor.

—Es que estamos pecando, abuela.

—Pues hijo, si es pecado, hecho está ya; ahora, déjame escuchar.

La anciana estuvo hasta el fin del culto, y cuéntase que al salir á la calle dijo al jóven:

—¿Es esto lo malo? Pues yo puedo decirte que durante el rato que ahí he pasado, he estado como en el cielo. Hijo, no hagas caso de lo que digan las gentes.

Tan poderosa es la palabra de Dios y tan seductor el amor de Jesucristo. A El sea toda la gloria y toda la honra. Amen.

(Se continuará.)

OLAVIDE.

(Continuacion.)

Dirigió una memoria al rey para el desecueje y cultura de la Sierra-Morena, proyecto osado y beneficio inmenso si se compara este horrible desierto, esta especie de horrorosa Selva Negra de la España entre lo que era, lo que es y lo que podria ser si se le hubiese dejado llevar á cabo su utilísimo proyecto de colonizacion en uno de los suelos mas fértiles y menos poblados de la mejor provincia de España. Adoptóse desde luego la idea y trajo alemanes, suizos y otros extranjeros pobladores, trabajadores industrioses, con los que fundó su colonia, que prevaleció y prosperó en muy poco tiempo.

Pero habia en las cercanias un convento de frailes que estorbaba física y moralmente todos sus planes. Obtuvo de la corte que el convento fuese trasladado á otro punto, y hé aquí el origen de sus

desgracias y de su persecucion: su desgracia fué tambien la de la colonia. Contaba esta con 27 leguas de estension, y siendo el pais inculto, mal sano y lleno de espesísimos montes y valles pantanosos le cambió totalmente de aspecto. Estableció fábricas y manufacturas, atrajo fabricantes, delineadores y tintoreros de Leon, muchos agricultores suizos y alemanes; abrió caminos, derribó enormes peñascos de roca viva, y estableció posadas cómodas allí donde antes no habia mas que guaridas de salteadores y de animales feroces; pero Olavide no queria que aquello que habia él levantado con tanto trabajo fuese pasto de los frailes y que se comiesen, sin hacer nada, el fruto del sudor ajeno. Este fué su gran pecado. Dictó reglamentos por los que prohibia las donaciones testamentarias hechas al clero á título de bien de las almas, ni para misas, funciones, etc. Hay que advertir ademas que algunos de los colonos extranjeros eran protestantes, y Olavide no permitia en manera ninguna que se les molestara ni se les inquietara con tal que su culto no fuese público.

Un capuchino se introdujo en la colonia y este fué el que delató á Olavide; el fraile confesor de Carlos III, el Recoleta Eleta previno al rey contra el desgraciado Olavide. El confesor hizo nombrar inquisidor general al obispo de Zamora, pero este se negó á aceptar tal dignidad que consideraba ultrajada desde el real decreto de 1759, que prohibia á la Inquisicion proceder contra los empleados de la real casa, sin consentimiento del monarca, á cuya promulgacion tanto contribuyeron el conde de Aranda, y el mismo Olavide, para evitar otra persecucion semejante á la que habia sufrido Macanaz en tiempos anteriores á pesar de todo el favor de Felipe V. El confesor hizo que se revocase el decreto, y aceptado el cargo por el obispo de Zamora, este, ya inquisidor general, mandó encarcelar á Olavide en novien bre de 1776; por espacio de dos años se le tuvo en la mas horrible prision é incomunicacion, y sus enemigos, aprovechándose de la desgracia en que habia caido el conde de Aranda, pronunciaron y ejecutaron la sentencia que contra él se dictó en presencia de 60 personas de las mas condecoradas, en tribunal solemne y secreto que al efecto se tuvo en 24 de noviembre de 1778, y á quienes los inquisidores quisieron hacer testigos del castigo impuesto á Olavide, y al mismo tiempo escarmentarlos y aterrorizarlos.

El acusado compareció ante el Tribunal con el traje de penitente que la Inquisicion solia poner á sus víctimas, y como una enorme gracia y un alarde de inusitada compasion, le concedió no llevar la cruz de San Andrés ni la soga al cuello. Leyóse el proceso y su lectura duró cuatro horas. Toda su vida, desde los primeros años hasta que fué preso, fué escudriñada sin compasion. Se le acusó de ser un libertino y de vivir entregado á todo género de escesos. Esta acusacion comprendia la friolera de 170 artículos por una parte, y por otra 70, apoyados en el testimonio de 78 testigos.

¿Por qué era culpable? Era culpable por haber dado sitio en su biblioteca á la enciclopedia, al diccionario de Bayle, al célebre Espíritu de las leyes de Montesquieu, y sobre todo, ¡oh crimen de los crímenes! á las obras de Rousseau y de Voltaire; era culpable por haber hablado mal de la excesiva veneracion del pueblo hácia las imágenes, hácia los santos y hácia las vírgenes, limosnas, y ayunos; por haber dicho que muchos de los Santos Padres con sus absurdos y aberraciones, habian retardado los progresos del entendimiento humano; por haber declarado que el instituto de los cartujos era bárbaro y que preferia á Marco Aurelio y á ciertos filósofos paganos á muchos santos; por haber visitado á Voltaire y encontrarse entre sus papeles una carta de este en que decia: «Seria de desear que la España poseyera 40 hombres como Olavide;» por tener un odio implacable contra el clero regular y secular, y por tanto estar comprendido en el terrible crimen de herejía.»

(Se continuará.)

NOTICIAS VARIAS.

Las reuniones de oracion que á imitacion de los cristianos del orbe entero han celebrado los cristianos españoles durante la primer semana del año, han tenido lugar en los dias y en las capillas designadas al efecto y con una concurrencia numerosísima. En ellas se ha orado por los príncipes, por los que gobiernan los pueblos, por los padres, maestros y niños, por la conversion de los que no creen, por la desaparicion del ateismo y todas las doctrinas que desechan el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo y por otras mil necesidades que seria prolijo enumerar. ¿Acojerá Dios estas plegarias? No lo dudamos y nos dará un año próspero y tranquilo, y al fin de él podremos decir,—así lo esperamos,—que su Palabra ha ganado nuevas almas y nuevos corazones.

El dia de Reyes tuvo lugar en la capilla del Limon, como estaba anunciado, la Santa Cena. La tomaron próximamente unas cuarenta personas. El acto tuvo la solemnidad que acostumbran á tener entre nosotros todos los de esta clase. Despues de un discurso del Sr. Orejon alusivo al acto que iba á tener lugar, verificóse aquella, notándose en cuantos se acercaban á la mesa del Señor un aire de humildad y arrepentimiento que edificaba. ¡Quiera Dios aumentar el número de miembros de esta Iglesia y aumentar la fé en aquellos que ya están unidos á ella!

El 15 del actual dá principio la Sociedad abolicionista á sus conferencias contra la esclavitud, las quintas y la pena de muerte. ¡Quiera Dios que sirvan de algo y contribuyan á dar la libertad á nuestros hermanos de las Antillas.

En San Cayetano han dado comienzo unas lecciones para ciegos. La caridad evangélica se multiplica, toma todas las formas y no hay desgraciado á quien no llegue para instruirle y para edificarle.

En la capilla de las Peñuelas han empezado tambien por las noches lecciones para adultos. Bien lo necesita aquel barrio, uno de los mas atrasados de Madrid.

En el discurso del presidente de los Estados Unidos se hacen las siguientes declaraciones respecto de *el mormonismo*:

«En Utah queda aun un resto de barbarismo que repugna á la civilizacion, á la decencia y á las leyes de los Estados Unidos. Ni la poligamia, ni ninguna otra violacion de las leyes será permitido que fructifique en nuestro país. No es á la religion de los llamados *santos* á la que queremos atacar, sino á ciertas prácticas de ella. Serán protegidos en el culto que rindan á Dios, segun el dictado de su conciencia; pero de ningun modo se les permitirá faltar á las leyes bajo el manto de su religion. Será conveniente que al tratar de tomar medidas contra la poligamia, considere el Gobierno qué va á hacer de tantas esposas é hijos cuando queden rotos los lazos de su familia.»

cion dirigido por varios jóvenes licenciados y bachilleres en las facultades de filosofia y letras y de ciencias, que no dudamos ha de obtener notables resultados en la enseñanza, tanto por las cualidades que distinguen á sus iniciadores, cuanto por la forma de organizacion del establecimiento.

Los niños están de enhorabuena. En la noche del 23 de diciembre se celebró la fiesta que es costumbre celebrar en este dia en su obsequio en los países cristianos. Hé aquí la descripción que hace de ella *El Cristiano*:

«Con motivo de la Natividad se han celebrado en las diferentes escuelas Evangélicas de Madrid las fiestas con que se obsequia á sus alumnos.

Para que nuestros lectores puedan formarse una idea de esas fiestas, á continuacion describimos la que se celebró en la escuela de la Madera-Baja en la noche del 23 de diciembre próximo pasado.

El salon de la escuela se hallaba adornado con gusto y sencillez. Arcos de verde ramaje y naranjas; faroles de diversos colores; las paredes cubiertas de iluminadas láminas representando asuntos bíblicos; mesas recién improvisadas, cubiertas de blancos manteles, sobre las que se hallaban colocados los platos conteniendo los regalos destinados á los niños agraciados; todo presentaba un aspecto bellissimo.

Pero lo que mas llamaba la atencion era un árbol, un pequeño pino, que al estilo de Alemania, donde tan generales son estas fiestas, se habia preparado.

De sus ramas, iluminadas por multitud de velitas de cera, pendian cadenas de papel de diversos colores; sargas imitando el coral; ingeniosas cestitas hechas de cascarnes de huevo y adornadas de dorados, contenian confites; espejos, juguetes, nueces tambien doradas, flores, banderas; todo colocado con tal arte y gusto, que arrancó voces de admiracion no solo á los niños, sino aun á las personas mayores.

¡Cuánto placer no experimentarían al oirlas las personas que por muchos dias antes y con tanto ahínco se habian ocupado en la preparacion de la fiesta!

Con cuánta ánsia esperaron los niños el permiso de entrar en el salon de la escuela, fácil es adivinarlo.

Por fin, el sonido de una campanilla anunció el deseado permiso; todos se pusieron en pié; mas obedientes á la voz de sus mayores, entraron en el salon con el mayor orden, primero las niñas, luego los niños, sus padres y cuantas personas lo desearon.

Colocados en orden, á cada uno de los costados del árbol los niños y niñas, comenzó la fiesta por medio de un sencillo himno al nacimiento del Niño Jesús, compuesto espresamente para este acto.

En seguida algunos niños recitaron la historia del nacimiento de Jesús, segun está referida en los Santos Evangelios. Entre cada uno de los pasajes recitados, los niños, acompañados del órgano, cantaban un villancico.

La última que recitó fué una niña, la cual, con voz clara y segura entonacion, contó en un bello romance la historia de la venida al mundo del Niño Jesús.

Despues de esto se dieron unos momentos para que los niños y demas asistentes pudieran ver de cerca los regalos. Estos se componian de mazapan, turron, nueces, pasas y juguetes, segun el sexo á que pertenecia el agraciado, cuyo nombre se encontraba escrito al pié de cada plato.

Convocados otra vez los niños y niñas en torno del árbol, un buen amigo les dirigió unas cuantas palabras cariñosas, felicitándoles por la buena noche que habian pasado, y espresó su vivo deseo de que todos los niños que habian cantado en derredor del árbol presente, cantasen en un mundo mejor en derredor del árbol de la vida.

Por último, se cantaron algunas estrofas de otro villancico. El pastor Carrasco, en una corta oracion, dió á Dios las gracias por sus dones, y especialmente por el de su Hijo. El pastor alemán señor Fliedner, á cuya iniciativa y esfuerzos se debe la realizacion de estas fiestas, pronunció la bendicion, y acto continuo se dió permiso para que cada niño tomase su regalo, dándose por terminada la fiesta.»

MADRID: 1872.

Imp. de J. M. Perez, calle de la Misericordia, núm. 2.